



La esperanza en la vejez



José Ángel Martínez Sanchiz

Envejecemos y morimos. Pero, ¿por qué? Esta es la pregunta que trata de responder la ciencia, mientras la filosofía se interroga sobre el para qué. Unamuno, frente a la veracidad de estos hechos, opuso la sinceridad del sentimiento, “no me da la gana de morir”, en una di-rección sólo aparentemente opuesta al “muero porque no muero” de Santa Teresa, ya que ambos compartían el deseo de la vida después de la muerte, pero mientras el vasco quería creer, la santa creía, de modo que su anhelo de vivir se diluía en su percepción interior de Dios.

Alguien mintió en el paraíso: ¿la serpiente o el árbol de la ciencia del bien y del mal? “Seréis como dioses”, dijo el animal, tal vez porque creía en la ciencia. Y, ¿es la ciencia mentirosa? Quién sabe... Es posible que se equivoque si pretende procurarnos la juventud eterna y acabar con la muerte en nombre del derecho a la vida, del que se vale Harari para convertir la muerte en un crimen contra la Humanidad, denotando que el deseo a veces enturbia la razón: el derecho a la vida no incluye, por el momento, la inmortalidad. Pero la vida sigue. “El primero que vivirá mil años ya ha nacido”, asegura Aubrey de Grey, con el que convienen los autores de un libro de recomendable lectura, *La muerte de la muerte*, Cordeiro y Wood, en el que vaticinan un enorme crecimiento de la industria dedicada a combatir el envejecimiento.

Se trata de una aspiración perenne, la fuente de la eterna juventud o el elixir de la vida eterna: ¿tendrán los jóvenes la opción, por costosa que sea, de evitar la ancianidad? ¿O es un nuevo engaño de la serpiente, como el que padecieron tantos mitos antiguos que la creían eternamente joven por el hecho de mudar su piel? En su lugar, sin embargo, la biología ha reparado en la hidra, cuyo poder de regeneración es enorme. ¿El mito se torna realidad?

La biología y la tecnología necesitan de la industria para culminar sus investigaciones. En busca de incentivos, el envejecimiento se pretende una enfermedad que debe ser erradicada, un problema médico y económico, que hace peligrar el estado del bienestar. La OMS predica como objetivo de esta década la vejez saludable y ha coqueteado con incluirla en la Clasificación Internacional de Enfermedades. Pero la vejez no es mala ni repudiable, sino todo lo contrario, forma parte de nuestra esencia, de un proceso natural;

aunque mudemos nuestra piel, seguiremos envejeciendo, acumulando y olvidando nuestros recuerdos y transmitiéndolos a nuestros sucesores, pues sin transición generacional no queda sitio para otro progreso que el que nos proporcionen las máquinas o, quizás, nuestra integración en ellas. ¿Encontraremos la felicidad en una vida siempre juvenil, sin necesidad de trabajar, mediante una renta básica que cubra nuestras necesidades?

En sentido contrario, es legítimo preguntarse si la eterna juventud no nos llevará a una locura similar a la que revelan los ojos de Saturno en el cuadro de Goya mientras devora a su hija; a un cierto vampirismo respecto de las generaciones venideras.

Futuro digital y ociosidad

Por lo demás, se ha podido decir que “el trabajo, más que la risa, es lo propio del hombre”. Con razón se nos previene de un futuro digital en el que la máquina nos quitará el trabajo y abocará a una ociosidad de la que habrá que tomar cuidado para no caer en la inutilidad. No es buena cosa el sentimiento de resultar innecesario. Mediante un cuento *Don Quijote y el molino de viento*, escrito hace muchos años, Poul Anderson nos traslada a un escenario en el que el trabajo de la mayoría de los hombres ha sido reemplazado por máquinas: dos sujetos obligadamente ociosos, un genio no suficientemente brillante y un trabajador manual, que gastan su renta básica en alcohol, atacan envalentonados a un robot, superior a ellos en todos los aspectos, pero, a su pesar, desechado, una vez reutilizada su información, con todavía cuatrocientos años por delante; al cabo, resulta que tanto el robot como los humanos comparten idéntica frustración, si bien, lamenta el robot, no el mismo consuelo, ya que no le es dado emborracharse.

Pero dejemos al robot con su ironía y volvamos a nuestras incertidumbres presentes. La vida centenaria es una realidad que nos interpela a todos y precisa de una consideración holística. Por ello, el XII Congreso Notarial, los días 19 y 20 de mayo, reunirá en Málaga a setenta ponentes de distintos ámbitos y profesiones para tratar tres aspectos fundamentales: la vulnerabilidad y la dignidad de la persona, la previsión individual, y la previsión social y política de la vida centenaria. El congreso pretende abrir un diálogo interdisciplinar y, por encima de todo, propiciar un lugar de encuentro con nuestros mayores y levantar acta notarial de que les necesitamos y del reconocimiento y gratitud que les debemos.

Presidente del Consejo General del Notariado